BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

DIOS SE HIZO HOMBRE

para que el hombre llegase a ser Dios.

(Jesucristo redentor)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA

IMPRIME CADIGRAF, S.A.
Menéndez Alvaro, 34
28045 Madrid

Deposito Legal.M-4756-1989

I.S.B.N.-84-7770-151-2

PRESENTACION.

El título de este pequeño libro son las palabras de San Agustín: "Dios se hizo hombre, para que el hombre llegase a ser Dios", o sea, para que fuese semejante a El haciéndole partícipe por la gracia de su divinidad.

El Salvador vino para salvar, para salvar al hombre del pecado y de la muerte eterna, para enseñarle a levantarse hacia Dios.

En estas breves páginas no pretendo otra cosa que poner al alcance de todos un tema trascendental, el tratado teológico de Jesucristo Redentor del género humano, y contestar a estas preguntas: ¿Por qué y para qué Dios se hizo hombre? ¿Qué es la Redención? ¿De qué males nos redimió Jesucristo? Y si ya nos redimió y satisfizo por nuestros pecados, ¿tendremos que hacer algo de nuestra parte?...

Terminaré diciendo cómo hemos de luchar contra el pecado y colaborar con Cristo Redentor, haciendo una consideración sobre los sufrimientos de Jesucristo y los nuestros.

Benjamín MARTIN SANCHEZ.
Zamora, 1 septiembre 1988.

JESUCRISTO REDENTOR.

¿Eres tu el que ha de venir?

Cuando Jesucristo iba enseñando y predicando por diversas ciudades, y llamaba la atención de todos por los grandes milagros que obraba, sucedió que Juan Bautista, que estaba en la cárcel, mandó a dos de sus discípulos que le preguntasen a Jesús si él era el Mesías que había de venir o esperaban a otro, y la respuesta de Jesús fue ésta: Id y referid a Juan lo que habéis visto y oido.

Entonces Jesús curó a la vista de ellos a muchos enfermos, dio vista a los ciegos que le presentaban, resucitó a algunos..., y a continuación les dijo: Esto habéis de referir a Juan: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados...

Esta era una prueba evidente de que El era el Mesías que había de venir y no tenían porque esperar a otros. Aquellos milagros eran a su vez el sello de su divinidad.

Aparte de los muchos milagros que hizo y que vemos hoy expuestos en sus Evangelios, pueden verse innumerables profecías tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento que nos revelan que Jesús es

el gran profeta y Redentor del mundo prometido, porque tales profecías se cumplen con toda precisión y exactitud en El.

Uno que estudie a Cristo en la Biblia a la luz de las profecías, no podrá menos de exclamar: Jesucristo es el Mesías, Jesucristo es Dios. ¿Qué es lo que profetizó de Cristo en el Antiguo Testamento? Su venida y su misión, lugar de su nacimiento, su pasión y muerte por nosotros, su resurrección y glorificación.

Lo que los profetas dijeron del Mesías se aplica a Jesús de Nazaret, y sólo a El puede aplicarse. De nadie se ha escrito la vida antes de su nacimiento, sólo de Jesucristo.

Jesucristo bajó de los cielos.

"Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos". Así lo recitamos en el "Credo". Jesucristo, siendo Dios, nació en Belén de Judá, apareció como hombre, vivió en medio de nosotros, pasó su vida en Palestina, el Israel de hoy..., predicó su Evangelio, trabajó, se cansó, tuvo hambre, sufrió más que nosotros, y al final de una vida terrena, durante la cual nos enseñó a levantarnos hacia Dios y a que viviéramos con la esperanza en un mundo superior..., murió y a los tres días resucitó para nunca más morir, y subió al cielo... y el cielo es la meta final o destino que El nos señala a todos los hombres.

Las Escrituras Santas nos hablan así:

- Llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gál. 4,4).

- Se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado (Tit. 2,14).

- El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados. (Col. 1,13-14).

- Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15).

Dios se hizo hombre.

En la Sagrada Escritura se nos habla de Jesucristo (segunda Persona de la Santísima Trinidad), que es el Verbo (=Palabra del Padre), que siendo Dios se hizo hombre. El Verbo, que existía desde la eternidad "era Dios... y el Verbo se hizo carne, esto es, hombre, y habitó entre nosotros (Jn. 1,1 y 14).

El evangelista San Juan da el nombre de "Verbo" al Hijo de Dios, que existe desde tan antiguo como el Padre eterno, del mismo modo que el esplendor del sol sería eterno, si el sol también lo fuese. El Hijo es el esplendor del Padre (Heb. 1,3). San Agustín lo dice así: "El Hijo recibe eternamente su ser de Dios Padre, y dimana de El del mismo modo que el esplendor del sol del mismo sol".

Como podemos observar Jesucristo tuvo dos nacimientos: Uno eterno: "nacido del Padre antes de

todos los siglos", esto es, nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre. Y otro temporal, nacido de la Virgen María en Belén de Judá, cuando llegó la plenitud de los tiempos (Gál. 4,4). Entonces el Hijo de Dios se hizo Hijo de María.

La Encarnación es el misterio del Hijo de Dios, hecho hombre. Este el "el misterio oculto a las generaciones pasadas desde todos los siglos" (Col. 1,26), que nos ha sido revelado ahora, llegada la plenitud de los tiempos: "Dios envió a su Hijo nacido de una mujer" (Gál. 4,4). El Hijo de Dios hecho hombre es Jesucristo, el cual es Dios y hombre a la vez.

1) Jesucristo es Dios. De este tema (ya tratado ampliamente en mi libro: ¿Quién es Jesucristo?) sólo diré que Jesucristo es Dios, porque se proclamó tal ante el Sanedrín (Mt. 26,63-66; Lc. 22,66-71; Mt. 14,60-64), porque se atribuye la potestad de perdonar pecados, propia de Dios (Lc. 7,47-50), y la potestad de juzgar a todos los hombres y al mundo entero (Mt. 25,31-46, 26,64) y porque tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28,18)...

Los apóstoles lo llaman "el autor de la vida" (Hech. 3,15); "único Dueño y Señor nuestro" (Judas 4); el "Señor" (1 Cor. 7,22; Rom. 14,6)... El es antes que todo y todo susbsiste en El (Col. 1,15-18)...

2) Jesucristo es verdadero hombre, pues tuvo cuerpo verdadero y real..., y ya en su partida de nacimiento, aparece como hijo de David y de Abraham (Mt. 1,1), nacido de mujer (Gál. 4,4), de la descendencia de David según la carne (Rom. 1,3)...

Conviene que añadamos que en Jesucristo hay una sola Persona, la del Verbo y dos naturalezas. Esta expresión de Jesucristo nos aclara esta cuestión: "En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese Yo soy" (Jn. 8,58).

Notemos que en Jesucristo hay un solo Yo, una sola Persona divina, y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido unos 2000 años antes que El), y por razón de la naturaleza humana, o como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

A Cristo se le atribuyen ya cualidades humanas, ya cualidades divinas, y El mismo se las atribuye, y así dice: El Padre es mayor que yo (Jn. 14,28), y en otro lugar: el Padre y Yo somos uno (Jn. 10,30), esto es, por razón de la naturaleza humana o como hombre que aparece entre los hombres es inferior al Padre, y por eso se explica que El sea Mediador entre Dios y los hombres, y por su naturaleza divina es igual al Padre.

Jesucristo, pues, es Mediador ante el Padre en cuanto que es hombre y decidimos "en cuanto que es hombre", porque en cuanto Dios es igual que Dios (1 Tim. 2,5).

¿Cómo se verificó la Encarnación?

Habiendo llegado el tiempo fijado en los decretos eternos de Dios para la Encarnación del Verbo, el

ángel Gabriel, dice el Evangelio, fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón, de nombre José, de la casa de David; la virgen se llamaba María. Entrando el ángel donde ella estaba, dijo: ¡Salve, llena de gracia, el Señor es contigo! Ella se turbó por estas palabras, y pensaba qué podría significar este saludo.

El ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, y vas a concebir en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios te dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin.

Entonces dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? El ángel respondió y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual, lo que nacerá de ti santo, se llamará Hijo de Dios.

Dijo entonces María: ¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra! (Lc. 1, 26-38).

He aquí de qué manera sublime tuvo lugar la Encarnación del Verbo eterno. Se ha verificado con el mayor milagro del poder de Dios. El Espíritu Santo ha sido el artífice de la humanidad de Jesucristo, porque la formó, la organizó, la dispuso y animó en el seno virginal de María; pero no puede llamarse padre suyo, porque nada le ha dado ni comunicado de su sustancia, como dice San Agustín.

De esta manera Dios se hizo hombre por medio de la Virgen María.

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, oh María, a fin de que la concepción de Jesucristo y el mismo Jesucristo sean santos, no sólo en fuerza y virtud de la unión hipostática o sustancial de la humanidad con el Verbo, sino también por la fuerza y virtud de aquella divina concepción, verificada, no por medio de hombre, ni de ángel, sino por obra del Espíritu Santo. Jesucristo, pues, en virtud de aquella concepción, no pudo contraer el pecado original naciendo pecador. Siempre fue puro y santísimo (C. a Lápide).

La virtud del Altísimo, oh María, te cubrirá con su sombra, es decir, el Verbo de Dios tomará de ti un cuerpo, que será como la sombra de la Divinidad, velándola y ocultándola, como dice San Gregorio Magno.

¿Para qué Dios se hizo hombre?

La Encarnación del Verbo eterno es el misterio de la más profunda humillación de Dios y del encumbramiento más alto del hombre.

- San Agustín dice: "Dios se hizo hombre, para que el hombre llegase a ser Dios", es decir, para hacernos a nosotros hombres perfectos y llegásemos a ser semejantes a El, partícipes por la gracia de su divinidad... El Salvador vino para salvar, para salvar al hombre del pecado y de la muerte eterna..., y de las miserias del cuerpo y del alma, haciéndolas meritorias... El Verbo no reservó para si más que el aniquilamiento, la pobreza, las privaciones, los oprobios, los

dolores, la muerte y la cruz... El que tomó nuestra carne es el Verbo, que existe desde toda la eternidad, el Dios grande y fuerte...". El Médico, como dice el mismo San Agustínn, ha bajado para curar a un gran enfermo, y hasta se ha humillado a la carne mortal y al lecho del enfermo...

"La Encarnación es la elevación de todo el universo en la Persona divina" (Card. Cayetano).

- Clemente de Alejandría dice que Jesucristo ha convertido por medio de su Encarnación la tierra en cielo, haciendo a los hombres ángeles o más bien dioses. Esto mismo veía el salmista al decir: "Lo dije: sois dioses, y todos vosotros sois hijos del Altísimo" (82,6), y lo mismo dice San Juan: "Les ha dado poder de ser hijos de Dios" (1,2).

- San León Magno: "Jesucristo se ha hecho hijo del hombre para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios, y ser participantes de la divina naturaleza".

- San Gregorio Nazianceno: "Jesucristo nació en carne para hacernos nacer en espíritu; nació en el tiempo para hacernos nacer en la eternidad; nació en un pesebre, para hacernos nacer en el cielo". "El Verbo del Padre se hizo hombre por nosotros, a fin de unir Dios al hombre con esta mezcla admirable".

- San Anselmo: "Dios ha tomado nuestra carne para que pudiéramos concebirle, verle, oirle, hablar y gozar de su presencia".

San Juan dice: En Jesucristo estaba la vida (1,4), y se encarnó para darnos la vida, la vida de la gracia y la vida de la gloria eterna.

- San Pedro Crisólogo: "Jesucristo ha venido a cargar con nuestras debilidades y a comunicarnos sus fuerzas; a buscar las cosas humanas y a darnos las divinas; a recibir las injurias y a regalarnos en cambio las dignidades; a sufrir las pesadumbres y las enfermedades y a traernos la curación y la salud; pues un enfermo que no sufre las enfermedades no sabrá curar, y si no se hace débil con los débiles, es imposible que alivie y cure al enfermo".

Jesucristo tomó de nuestra carne la condición humilde, la bajeza, las miserias, el hambre, la sed, el frío, el calor, los golpes, la cruz, los clavos..., en todo se asemejó a nosotros, menos en el pecado, del cual vino a salvarnos. Y ¿Por qué tanta humillación y sufrimientos? Todo esto fue por nosotros, para conmover nuestros corazones, para convertirlos y obligarnos a amar a Dios para que al vernos tan miserables por nuestros pecados, nos estimulásemos a practicar el bien y a apartarnos del mal y nos diéramos cuenta de la gravedad del pecado, para cuya satisfacción fue necesario que Dios se encarnara y sufriera...

En consecuencia: Dios se hizo hombre para enseñarnos a vivir bien, mostrándonos con su ejemplo el camino de la vida eterna, para dar satisfacción a la justicia divina por nuestros pecados y redimirnos mediante su pasión y muerte, y ante todo vino para dar gloria a Dios y de este modo pudiésemos nosotros dignamente glorificarle.

Es de lamentar que muchos no sepan el motivo de la venida de Jesús al mundo y que no hagan otra cosa con sus sacrificios y fatigas luchar por las cosas de este mundo, por los tesoros terrenos y sólo vivan

vivan para la codicia, para amontonar riquezas sin saber para quien... ¡Cuán contados son los que luchan por conseguir la vida eterna!

¿Por qué Dios se hizo hombre?

Si preguntamos por qué Dios se hizo hombre, es decir, el motivo de esta determinación, no hallamos otra causa que fue movido por su gran amor a los hombres. El evangelista San Juan dice: "El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que nosotros vivamos por El" (1 Jn. 4,9). Y el mismo Jesucristo dice: "Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que el mundo sea salvo por El" (Jn. 3,16-17). Tal es el amor del Padre a los hombres.

Y el amor del Hijo se manifiesta en estas palabras: Padre mio, habéis rechazado las víctimas y ofrendas; pero ne habéis formado un cuerpo, y como pedíais por el pecado ni holocausto ni sacrificio, dije entonces: Aquí estoy para cumplir tu voluntad (Sal. 40,7-9; Heb. 10,5-7). Los sacrificios de la Antigua Ley fueron desechados y Cristo se ofreció en sacrificio expiatorio, sufriendo escarnios, azotes y muerte por los pecados de todos.

Grande ha sido el amor de Dios Padre para con el hombre caido, pues El tuvo compasión del pecador al decir: "Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez. 33,11), y nos consta la misericordia infinita de Dios en el hecho de habernos ama-

do cuando nosotros aún no le amábamos: "El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo... y lo que hace brilla más el amor de Dios es que siendo pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5,6-8). "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (Gál. 2,20).

"Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo. De pura gracia hemos sido salvados... Esto es don de Dios" (Ef. 2,4-5.8).

San Pablo recuerda el sacrificio que Cristo aceptó por nosotros, y escribe estas sublimes palabras: "Se anonadó a sí mismo, tomando naturaleza de siervo, hecho semejante a los hombres, y en la misma apariencia hallado como hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2,7-8).

Después saca esta consecuencia: "Por esto Dios lo sobreensalzó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2,9-11).

Cristo, siempre tan humilde, no rechazó jamás la adoración que sólo corresponde a Dios, porque también quiso enseñar al mundo quién es El. Aún más, la exigió, al decir: "Todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre" (Jn. 5,23).

A Cristo debemos adorarle por ser nuestro Redentor y nuestro Dios, y le debemos adorar como le adoraron los pastores y los magos de Oriente, y como

los ángeles (Mt. 4,11), como el ciego de nacimiento (Jn. 9,38), como los apóstoles después de apaciguar Jesús la tempestad (Mt. 14,33)... Y todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra... dirán: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos" (Apoc. 5,13). El merece la adoración de todos: "Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque mediante tu santa Cruz has redimido el mundo".

Jesucristo vino a redimirnos.

Jesucristo aparece en la Sagrada Escritura como Redentor, como Salvador y como Libertador, y por eso a su obra se la llama Redención, salvación y liberación. Y ¿de qué vino a redimirnos? Vino a redimirnos del pecado. Desde el pecado del primer hombre (del cual luego hablaremos) y de los innumerables pecados personales de los demás hombres, la humanidad quedó privada del don de la gracia santificante y sujeta a las pasiones, al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

Dios se hizo hombre para poder sufrir por los hombre, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Dios Hijo recibió cuerpo mortal de la Virgen María, nació en esta tierra, vivió durante 33 años y después de darnos sus enseñanzas coronó su obra con su Pasión y Muerte.

La Redención podemos decir que es el misterio de Jesucristo muerto en la cruz para redimir a todos los hombres.

La obra de Cristo se nos describe en la Biblia:

1) Como redención de un siervo mediante el pago de un precio, de una entrega de su vida por el pecado, como precio de liberación de muchos, es decir, de todos: "Habéis sido comprados a precio" dice el apóstol (1 Cor. 6,20).

2) Como liberación de la cautividad, puesto que los hombres estaban bajo el pecado y vivían encadenados a la ley de pecado (Rom. 7,14-25); pero el Espíritu Santo nos liberó de ella en Cristo Jesús: "Libres ya del pecado, habéis venido a ser siervos de la justicia..., pero ahora libres del pecado y siervos de Dios..." (Rom. 6,18-22).

Los hombres vivían bajo la cautividad de la carne: "esclavos de toda suerte de concupiscencias y de placeres" (Tit. 3,3); pero Cristo muriendo en la cruz, nos liberó de esta esclavitud, en cuanto que nos mereció abundantísimas gracias con las cuales podemos luchar tenazmente contra la concupiscencia (Rom. 8,3 ss).

Los hombres vivían bajo la esclavitud de la muerte, precisamente por el pecado original (Rom. 5,12 ss); pero Cristo muriendo, venció a la muerte, la que al final de los tiempos será vencida (1 Cor. 15,26), y lo que ahora es corruptible y mortal se revestirá de incorrupción y de inmortalidad (1 Cor. 15,53 ss).

3) Cómo curación de un enfermo, pues en tanto se dice que un enfermo es curado en cuanto es restituido a la salud primitiva. Ahora bien, el hombre

estaba enfermo por causa del pecado, y por medio de la muerte de Cristo en la cruz fue reintegrado al estado de la salud espiritual, ya que Cristo "vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15), "a buscar y salvar lo que había perecido" (Lc. 19,10). "A quién pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1,21), "pues Dios no ha enviado a su hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El" (Jn. 3,17).

Cristo pudo redimirnos porque era Dios.

Primeramente nos fijaremos en algunos textos de la Sagrada Escritura en los que podemos ver que Cristo reconcilió a los hombres con Dios con su Pasión y su muerte expiatoria:

- Habéis sido rescatados no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancha (1 Ped. 1,18s).
- Cristo padeció por nosotros... lavó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (de la cruz), y por sus heridas hemos sido curados (1 Ped. 2,21 s; 3,18).
- El es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn. 2,2). En esto hemos conocido la caridad en que dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16; 1,7; Apoc. 4,9).

Estos textos con los siguientes nos dicen que Cristo con su Pasión y Muerte en la cruz, impuesta por

Dios y libremente aceptada por Cristo, dio a Dios Padre una satisfacción verdadera por nosotros, quedando compensada la injuria hecha a Dios por nuestros pecados.

He aquí otros textos que nos hablan de la satisfacción de Cristo:

- Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores.... traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados...., y en sus llagas hemos sido curados... Yahvé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros (Is. 53,2-8). Yo le daré por parte suya muchedumbres... (vv 10-12).

- He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn. 1,29).

- Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación (instrumento de expiación) mediante la fe en su sangre (Rom. 3,23-25).

- Si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida.... por quién recibimos ahora la reconciliación (Rom. 5,10-11).

La idea contenida en estos textos es ésta: Dios estaba ofendido por el pecado y apartado de los hombres; Cristo con su pasión y con su muerte en la cruz borró el pecado, nos libró de la ira de Dios y nos reconcilió con Dios.

Notemos ahora que Cristo pudo ser nuestro Redentor, porque siendo Dios, sufrió por nosotros. El Hombre-Dios vino a redimirnos. ¡Hombre-Dios!...

Dios se hizo hombre, porque como hombre podía padecer y morir por nosotros. En Jesucristo hay dos naturalezas, una divina y otra humana. Por la unión personal de las dos naturalezas, la naturaleza humana podía humillarse y padecer, y la naturaleza divina podía comunicar a estas humillaciones y padecimientos un valor infinito. De este modo pudimos pagar nuestra deuda total y ofrecer a la Majestad Divina ofendida una reparación igual a la ofensa, pues como ésta era en cierto modo infinita (ya que la enormidad de la injuria crece en proporción de la superioridad que tiene la persona ofendida sobre la que ofende), se necesitaba una reparación de valor infinito, y esta reparación no la hallábamos en Dios mismo, ya que la Divinidad como tal no podía humillarse y padecer, ni tampoco en un ser creado cualquiera, porque si la criatura puede humillarse y padecer, no puede dar a sus humillaciones y a sus padecimientos sino un valor limitado, ya que el valor de un homenaje disminuye en proporción de la superioridad del que lo recibe, respecto del que lo hace.

Si preguntamos ahora por qué Jesucristo se ha humillado tanto y ha sufrido lo indecible, tenemos que decir que la Encarnación y la Redención son dos grandes misterios, y sólo lo explica su grande amor a los hombres. ¡Dios ha amado así al mundo, porque ha querido! A nosotros, pues, nos toca adorarle, admirarle, darle gracias, amarle y bendecirle.

El resultado de la Redención de Cristo es que El vino para cancelar nuestra deuda. Un enfermo grave, como dice San Agustín, yacía por tierra. Hubo de venir el Médico divino a salvarnos.

San Juan Crisóstomo lo dice así: "El Señor tiene en su mano el escrito en que consta el primer pecado cometido por Adán, escrito que nosotros íbamos llenando con aisentos de nuestras culpas personales. Pero Cristo clavó en la cruz este documento; su sangre cayó encima y borró la deuda. Cristo fue herido en la cruz, y así curó nuestras heridas. Cristo murió por nosotros, y así nos salvó de la muerte eterna".

"Ahora ya sé quién es Cristo para mi:

- Estoy enfermo..., Cristo es mi médico.
- Soy pecador..., Cristo es mi libertador.
- Voy errando sin tino..., Cristo es mi guía. Cristo es mi camino.
- Soy ignorante..., Cristo es la verdad.
- Estoy muerto..., Cristo es la vida.

Basta hacernos estas reflexiones para amar a Cristo. El Padre eterno habría podido castigarnos por nuestros pecados como a los ángeles rebeldes: castigarnos sin misericordia. Pero no lo hizo: quiso usar de piedad con nosotros" (Mons. Tihamér Toth).

Bien podemos ahora repetir: "Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos o alabamos porque por tu santa cruz redimiste al mundo".

¿De qué males nos redimió el Señor?.

Para entender el misterio de la Redención hemos de contestar a esta pregunta: ¿Quién trajo el pecado al mundo? Y es necesario hacerla porque San Pablo nos dice que Jesucristo "se entregó a la muerte por nosotros para redimirnos de todo pecado" (Tit. 2,14), y el pecado es el mayor de los males existentes.

Al principio del Génesis se nos narra la tragedia desencadenada por el pecado de rebelión de nuestros primeros padres, y cuyas consecuencias pesan también sobre todos nosotros. Referiremos brevemente esta historia:

Adán y Eva fueron nuestros primeros padres, y de ellos descendemos todos los hombres (Hech. 17,26). Dios los colocó en un lugar delicioso, llamado "paraiso terrenal", y les concedió los dones de gracia, de inmortalidad, el estar libres de la concupiscencia o inclinación al pecado y del dolor.

Entonces Dios les impuso este precepto: "De todos los árboles del paraiso puedes comer; pero del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que comieres de él, irremisiblemente morirás" (Gén. 2,15-17).

El diablo (que se introdujo en la serpiente, la cual le sirvió de máscara) tentó a nuestros primeros padres y pecaron comiendo del fruto del árbol prohibido, y por este pecado de desobediencia, que tuvo su raiz en la soberbia, pues pecaron por querer ser como Dios, perdieron el don de la gracia y demás

dones, quedando sujetos a las pasiones, al dolor y a la muerte.

Por el pecado de nuestros primeros padres, llamado pecado original, el mundo quedó convertido en un "valle de lágrimas". El pecado original fue cometido personalmente por Adán y, por ser cabeza de la humanidad, se transmite a todos los hombres, sus descendientes por generación. Así lo dice el apóstol: "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado" en Adán (Rom. 5,12).

Todos han pecado en Adán, dice el apóstol; todos, comenta San Agustín, porque todos los hombres han sido primitivamente aquel sólo hombre, es decir, Adán. Todos los hombres han sido aquel solo hombre por su origen; a todos los representó, conteniéndolos en germen... Ahora todos llevamos la pena de Adán, estando sujetos a la ignorancia, a la concupiscencia, a las enfermedades y a la muerte... La sangre de Adán ha sido infectada con su crimen, y como todos los hombres proceden de aquella sangre impura, todos nacen manchados con el pecado original.

En la Escritura Santa leemos: "Todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria o gracia de Dios" (Rom. 3,23). "El delito de uno solo atrajo la condenación de todos los hombres" (Rom. 5,18).

Estas últimas palabras de San Pablo turba a muchos y les sirve de escándalo. Que por el delito de un solo hombre hayamos sido condenados todos los hombres, ¡esto no se comprende", ¡es una tremenda

injusticia! ¿Por qué hube de nacer yo en pecado, si fueron ellos solamente, nuestros primeros padres, los que cometieron la culpa? Fueron ellos los que pecaron y no yo. ¿Soy yo responsable de lo que hicieron mis mayores? ¡No se comprende, no se comprende!...

¡Cuántas veces, dice Mons. Tihamér Toth, hemos de oir semejantes reconvenciones! Y, sin embargo, solamente pueden lanzarlas los que ignoran la doctrina de nuestra religión sacrosanta en orden al dogma del pecado original. "Porque el pecado original no es algo positivo y palpable, no es una responsabilidad personal que pesa sobre mi alma; no es más que un defecto: la privación de algo". No hay en nosotros lo que tendría que haber, lo que tuvieron realmente nuestros primeros padres antes de la caída y tendríamos también nosotros si no fuera por el pecado de origen: falta la gracia santificante.

Quizá podamos aclararlo con un símil. Pongamos a un propietario que en los buenos tiempos tenía 10.000 hectáreas de terreno y un magnífico castillo; pero, con su vida frívola, los desperdició. Al nacer sus hijos, no quedaba de la magnífica fortuna más que el nombre. Ellos tenían derecho a la herencia, y la habrían poseido si el padre se hubiese portado como debía; sin embargo, nacieron ya sin fortuna, privados de la misma. Los pobres no tienen la culpa, ¿verdad?, no son responsables del pecado del padre; y con todo, no pueden entrar ya en el antiguo castillo.

Así ocurre también con el pecado original; no lo cometimos nosotros, y, no obstante, sufrimos sus consecuencias. Así comprendemos el simil interesan -

te de Pascal, defensor ingenioso de la religión católica, quien, aludiendo al pecado original, se expresa de esta manera: "El hombre es un mendigo, que desciende de una familia noble".

Luchemos contra el pecado.

Es evidente que existe el pecado original, pues estamos notando las fatales consecuencias del mismo, como son las malas inclinaciones, el estar propensos a la soberbia, a la ira, a la codicia, etc., estamos, en una palabra, expuestos a pecar, a ir contra los mandamientos de Dios, y por eso ya en el Antiguo Testamento los profetas no cesan de predicar penitencia y conversión..., y viene Jesucristo y dice claramente: "Haced penitencia en remisión de vuestros pecados (Mt. 4,17), "no son los sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico (Mt. 9,12)... Hemos de cambiar de vida por ser malos... y por lo mismo tenemos que luchar contra las malas inclinaciones del pecado.

Las exigencias de Cristo son manifiestas, pues pide a todos vencimienos al decir: "El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y me siga" (Mt. 16,24). El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza... (Mt. 11,12)... "Sed perfectos... (Mt. 5,48)...

El cristianismo exige violentar las pasiones, luchar por mantenerse puro, por ser desprendido de los bienes de la tierra, que con la muerte hemos de dejar aquí... No tenemos más remedio que aborrecer

el pecado y luchar por no caer en él... y seguir luchando, apoyados en la gracia de Dios...

Hay jóvenes que se quejan de una vida aburrida, y estos son los que sólo piensan en vegetar y se dejan arrastrar por las pasiones...; más estos para ser felices debieran seguir el ejemplo de San Agustín, romper con las pasiones y amistades malas, y reconocerían como él: "Me hiciste, Señor, para tí, e inquieto esta nuestro corazón mientras no descanse en Tí"...

Joven, sé casto... ¿te cuesta?, pues el vencimiento de las pasiones te eleva y purifica... Hay que privarse de ciertos gozes porque son venenosos, hay que buscar ideales nobles que elevan el alma... y poner los medios para vencer las pasiones como son la oración y frecuencia de sacramentos.

Volvamos ahora todos la vista a Cristo que, muriendo por nosotros, nos ganó la vida divina, es decir, la gracia que había perdido Adán y que perdimos nosotros con él y por nuestros pecados personales. Aquella vida divina o gracia perdida se nos devuelve ahora por los méritos de Cristo. El "sufrió por nuestros pecados" (Is. 53, 5-6). "En Cristo tenemos la redención y la remisión de los pecados" (Col. 1,14).

Colaboremos con Cristo Redentor.

Por las Escrituras Santas vemos que Cristo llevó a término la obra de nuestra Redención dando

su sangre y su vida por nosotros y por todos los hombres existentes. Su Redención fue universal. "El es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo" (1 Jn. 2,2). Murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó" (1 Cor. 5,15). Debemos, pues, vivir en adelante para Dios, o sea, como El quiere que vivamos siendo fieles cumplidores de sus mandamientos.

Cristo, realmente, nos redimió y satisfizo por nosotros compensado largamente la injuria que habíamos hecho a Dios. Ahora cabe preguntar: Si la satifacción de Cristo fue universal respecto de todos los pecados, ¿tenemos que hacer algo de nuestra parte? Notemos que la satisfacción de Cristo fue universal, no en el sentido de su eficacia, sino en el de su suficiencia; es decir, la satisfacción de Cristo debe decirse universal en cuanto que, por disposición divina, a todos los hombres se les han preparado medios aptos para que consigan la salvación, de tal suerte que todos los hombres puedan conseguirla, si quieren aplicarse los méritos de Cristo, puesto que quiso Dios que la satisfacción de Cristo de hecho no borre eficazmente los pecados de todos los hombres sino mediante la libre cooperación de cada uno de ellos en orden a aplicarse los méritos de Cristo.

Después del pecado original, que actualmente se borra por el bautismo, quedan las consecuencias del mismo, o sea, las inclinaciones al mal, las tentaciones, etc., mas Cristo al redimirnos nos mereció la gracia con la que podemos vencer las tentaciones, y

como de hecho "Dios quiere que todos los hombres se salven..." (1 Tim. 2,4), a todos les da la gracia suficiente para que logren su salvación.

La redención no significa, pues, que el redimido esté libre de toda tentación, pues el cristiano también está ahora expuesto al peligro de pecar, y por eso Jesucristo no dice a todos: "El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se hacen esta fuerza son los que lo arrebatan" (Mt. 11,12). Cristo no suprimió la tentación, pero dio fuerza para vencerla.

Todos nos hemos de sentir a veces cercados por los atractivos del pecado, pero debemos de oponernos a ellos con valentía y apoyados en la gracia de Dios. Estamos redimidos, pero ante la tentación no permanezcamos en el desenfreno salvaje de los instintos. "Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman" (Sant. 1,12).

Tampoco Cristo suprimió la posibilidad de pecar con su redención, sino que dio la posibilidad de vencer el pecado; y si somos tan desgraciados que llegamos a pecar, tenemos por El la posibilidad de levantarnos... y tenemos a nuestra disposición los sacramentos por El instituidos.

Finalmente, la redención tampoco significa que Cristo nos haya librado de la muerte. No la suprimió; aún más, el mismo Cristo murió real y verdaderamente; pero, con su muerte, la muerte quedó vencida.

"La muerte es para nosotros, los cristianos, un trance serio; mas para los incrédulos, es en verdad desesperante. En las grandes catástrofes crisparon

su puño, y no son capaces de encontrar explicación. El cristiano, en cambio, sabe que no ha nacido para este mundo, y el mismo pensamiento de la muerte robustece su propósito de entregarse por completo en las manos de Dios. Sabe que la muerte no es un "final" de esta vida corta, sino que después de ella, después de la vida terrenal viene la eterna; después de la vida llena de sufrimientos, la vida feliz; después de la muerte, la resurrección" (Tihamér Toth).

Cristo no suprimió la muerte, pero nos enseñó a vencer el temor de la misma.

Tengamos presente que es cierto que Cristo nos obtuvo la redención, pero para que nos aproveche a cada uno en persona puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación de los pecados, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc. sin lo cual los méritos y satisfacciones de Cristo no se nos aplican.

Cristo, como dice la revelación divina, murió por todos, pero en vano murió por mi, si yo no quiero participar de sus méritos con mi propio esfuerzo. "Por tanto, hermanos, esforzaos más y más para asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras" (2 Ped. 1,10).

Decimos que somos redimidos, pero ¿se ve realmente que lo somos? Cristo en su Evangelio nos dice cómo hemos de vivir y trabajar por nuestra redención... No olvidemos que Dios se hizo hombre para elevarnos, para que permaneciéramos siendo verdaderos hijos de Dios...

Los sufrimientos de Cristo y los nuestros.

La vida mortal de Jesucristo fue de continuos sufrimientos. Desde el pesebre en Belén hasta el Calvario en Jerusalén donde muere en una cruz, vemos que pasó por la pobreza, la escasez, el trabajo y toda clase de padecimientos: sangre, espinas, clavos, sed, látigos... Todo esto dolió al Señor (léase su Pasión en los Evangelios)..., pero donde sufrió más fue en su alma, que se vio inundada por el mar de pecados y maldades, abyecciones e inmundicias que cometió el hombre a partir de nuestros primeros padres. Por esto exclamó: Mi alma está triste hasta la muerte.

Cristo pasó por todos los trances por los cuales podemos pasar cada uno de nosotros..., y aún por muchos más. No hay sufrimiento en el mundo: sed, golpes, befa, traición, incomprensión, crueldad, agonía, muerte, que no haya sentido antes el corazón de Cristo. Y todo esto ¿por qué? Porque, como hemos ya dicho con San Pablo, "me amó y se entregó a la muerte por mi".

Ante el ejemplo de Jesucristo que quiso redimirnos con su Pasión y muerte en la cruz, ¿qué hemos de hacer nosotros, sino aceptar toda clase de sufrimientos y saberlos unir a los suyos para que tengan méritos redentores?. El mismo Señor nos da la clave para entender su vida mortal al decir a los discípulos de Emaús: "¿No era preciso que el Mesías padeciese todo esto y entrase así en su gloria?" (Lc. 24,26). El se nos presenta como modelo en toda clase de sufrimientos.

Ahora la ley del sufrimiento es una ley universal, que existe desde que pecaron nuestros primeros padres y existirá mientras el hombre viva sobre la tierra. El sufrimiento, la enfermedad, la muerte, no entraban en el plan de Dios; pero el hombre los suscitó por su pecado, trastornando el orden moral del mundo.

Si hoy día el sufrimiento es patrimonio común de los vivientes, al principio no era así. Todas las cosas creadas por Dios eran buenas, "en gran manera buenas" (Gén. 1,31); pero "por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte" (Rom. 5,12). Y desde entonces, desde el pecado original, el sufrimiento es patrimonio común de los mortales. "Una penosa tarea se impuso a todo hombre, y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán desde el nacimiento hasta la muerte" (Eclo. 40,1).

Pero el Señor aligeró nuestro peso al levantar el sufrimiento y escogerlo como norma y medida de fervor en imitarle a El, pues nos invita a seguirle por el camino de la cruz: "Si alguno quiere venir en pos de Mi, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y me siga" (Mt. 16,24). Cristo no dice que nos desesperemos bajo el peso del dolor, ni que nos rebelemos, ni que increpemos al cielo con los puños cerrados, ni que nos levantemos contra Dios, sino que procuremos imitarle y acercarnos más a su Corazón divino.

El mérito está en sufrir uno, por respeto a Dios que le ve, penas padecidas injustamente... "Pues para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos" (1 Ped. 2,19-21), es decir, según las enseñanzas del apóstol San Pedro, el Señor pasó

por los dolores más atroces para que en las horas de la tribulación podamos seguir sus huellas.

Algunos se quejan diciendo: ¿Por qué me aflige Dios, precisamente a mí, que quiero ser bueno? ¿No has cometido un solo pecado? ¿No eres hombre, en quien el alma ha fracasado muchas veces en su lucha con el cuerpo? Reconócelo y exclama con el buen ladrón: "Nosotros estamos en el suplicio justamente, pues pagamos lo merecido por nuestros delitos" (Lc. 23,41).

¿Eres ciertamente alma justa, que jamás ha pecado? Escucha estas palabras de la Escritura Santa: "El Señor, a quien ama, le reprende, y azota al que recibe por hijo" (Heb. 12,6-7). "Yo a los que amo, reprendo y castigo" (Apoc. 3,19).

El sufrimiento es también, en la intención de Dios, un medio de hacer más pura y preciosa el alma de sus hijos fieles: "A la manera que el oro se prueba en el fuego, así los hombres gratos a Dios se prueban en la fragua de la tribulación" (Eclo. 2,5). "Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe produce la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna" (San. 1,2-4).

El remedio contra el dolor, la solución de este problema está en levantar nuestra mirada a Jesucristo, puesto en la cruz, y oir que nos dice: "Venid a Mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas y Yo os aliviaré" (Mt. 11,28)... Acerquémonos a El y en las horas de dolor no dejemos de orar más y ponernos en sus manos diciéndole: Hágase tu voluntad.

Tengamos presente estas palabras de la Escritura Santa:

- Por muchas atribulaciones hemos de pasar para entrar en el reino de los cielos (Hech. 14,21).

- Por las momentaneas y breves tribulaciones de esta vida, Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2 Cor. 4,17).

- Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha demanifestarse en nosotros (Rom. 8,18).

- Alegraos en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis llenos de gozo (1 Ped. 4,13).

(Véase mi libro "El problema del dolor").

Conclusión.

Después de las consideraciones hechas sobre la Pasión y sufrimientos de Cristo, nuestro deber es:

- Vivir unidos a El, ya que "murió por nosotros pa.ra que ya velemos, ya durmamos, vivamos juntamente con El" (1 Tes. 5,10).

- Tener presente con el apóstol que "los que son de Cristo han crucificado su propia carne con los vicios y concupiscencias (Gál. 5,26).

- Y que de la Pasión de Cristo se diriva esta obligación: Que hemos de amar cada día más a Cristo por lo mucho que nos ha amado al padecer por nosotros, pues cada uno podemos decir como San Pablo: "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (Gál. 2,20).

INDICE.

Presentación..4
JESUCRISTO REDENTOR.
- ¿Eres Tú el que ha de venir?..................................5
- Jesucristo bajó de los cielos..................................6
- Dios se hizo hombre. ¿Qué es la Encarnación?......7
- ¿Cómo se verificó la Encarnación?.........................9
- ¿Para qué Dios se hizo hombre?..........................11
- ¿Por qué Dios se hizo hombre?...........................14
- Jesucristo vino a redimirnos.
¿Qué es la Redención?..16
- ¿De qué males nos redimió el Señor?..................22
- Luchemos contra el pecado..................................25
- Colaboremos con Cristo Redentor........................26
- Los sufrimientos de Cristo y los nuestros............30

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla). .
La Biblia Ilustrada Compendiada. . . . .
La Biblia más Bella. . . . .
La Biblia a tu alcance. . . . .
Curso Bíblico Práctico. . . . .
Catecismo de la Biblia. . . . .
Historia Sagrada o de la Salvación. . . . .
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original). . . . . . .
Tesoro Bíblico, Teológico. . . . .
Evangelios y Hechos Ilustrados. . . . .
Jesús de Nazaret. . . . .
Dios te Habla (libro bíblico). . . . .
El Catecismo Ilustrado. . . . .
El Catecismo más Bello (Primera Comunión).
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos. . . . .
Tesoro del Catequista: Astete explicado. . . . . .
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo). .
Bautismo y Confirmación. . . . .
Catequesis Bíblicas. . . . .
¿Existe Dios?. . . . .
¿Existe el Infierno?. . . . .
¿Existe el Cielo?. . . . .
¿Quién es Jesucristo?. . . . .
¿Quién es el Espíritu Santo?. . . . .
¿Por qué no te confiesas?. . . . .
¿Por qué no vivir siempre alegres?. . . . .
¿Seré Sacerdote?. . . . .

El Dios Desconocido....................
El Camino de la Juventud...............
El Niño y su educación..................
El Mundo y sus peligros.................
El Sagrado Corazón de Jesús.............
Diccionario de Espiritualidad...........
Historia de la Iglesia...................
Vida de San José........................
Pedro, Primer Papa......................
Flor de un Convento.....................
Florilegio de Mártires....................
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso.....
Vamos de Camino........................
Tu Camino (Vocacional)..................
Misiones Populares......................
De Pecadores a Santos...................
Pecador, Dios te espera..................
Joven, Levántate........................
Tu Conversión; no la difieras.............
Siembra el bien.........................
Lágrimas de oro, o el problema de dolor.....
No pierdas la juventud..................
Siguiendo la Misa.......................
Visitas al Santísimo (para cada día del mes)...
Hablemos con Dios (visitas al Santísimo).....
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)........
Las Almas Santas........................
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)
Marxismo o Cristianismo.................
Doctrina Protestante y Católica............
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario

Para ser Santo......................
Para ser Sabio......................
Para ser Feliz......................
Para ser Apóstol......................
Para ser Católico Práctico..............
La Buena Noticia......................
La Caridad Cristiana......................
La Bondad de Dios......................
La Santa Misa explicada................
La Virgen María a la luz de la Biblia........
La Penitencia, qué valor tiene..............
La Formacion del Corazón................
La Formación del Carácter................
La Reforma de una Parroquia..............
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)
La Senda Desconocida (La virginidad)........
La Cruz y las cruces de la vida..............
La Religión Verdadera y las diversas sectas...
La Edad de la Juventud....................
Los Diez Mandamientos ¿Qué valor tienen hoy?
Los Grandes Interrogantes de la Religión.....
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia....
Los Testigos de Jehová....................
Los Males del Mundo....................
Los Ultimos Tiempos....................
El más Allá..........................
El Diablo anda suelto....................
El Valor de la Oración....................
El Valor de la fe cristiana................
El Padrenuestro, la mejor Oración..........
El Pueblo pide Sacerdotes Santos............

La esperanza en la otra vida ....
La Eucaristía. ¿Para qué oír la Misa? ....
La educación sexual. ¿Qué decir de la masturbación? ..
Sepamos perdonar ....
Vive en gracia ....
Valor de la limosna ....
El escándalo y el respeto humano ....
Dios y el hombre ....
La oración según la Biblia ....
La vida religiosa. Su valor y belleza ....
La paciencia, virtud de las almas grandes ....
Dios todo lo ve ....
Dios se hizo hombre ....
Gramática hebrea elemental (4ª edic.) ....

NO PIERDAS A LA JUVENTUD. Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.
VAMOS DE CAMINO. La vida presente, el tiempo, la eternidad.
HEBREO BIBLICO Y MODERNO. Es una gramática con ejercicios prácticos para principiantes.
CATECISMO CONCILIAR. Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.
EL MATRIMONIO. (Preparación para el mismo) y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
¿SERE SACERDOTE? (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
MISIONES POPULARES. (Las verdades eternas).
LOS TESTIGOS DE JEHOVA (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

Pedidos:
Apostolado Mariano. Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA